

# LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Raciel D. Martínez Gómez  
racmartinez@uv.mx  
Universidad Veracruzana

## *Nuevo orden. El tiempo nublado*

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Número 55, enero-marzo de 2021, pp. 86-87.

ISSN: 01855727  
Xalapa, Veracruz, México



*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000  
Xalapa, Veracruz, México  
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Nuestra universidad no está conformada solo por sus espacios o sus aulas, mucho menos por sus planes educativos o su mobiliario: es su comunidad y el resultado de todas las identidades que convergen en ella lo que la hace posible.

empresas, ciudadanos, trabajadores; de los ahora formadores y constructores del porvenir veracruzano.

Pareciera ser que la comunidad universitaria está disgregada en cinco grandes regiones, en áreas académicas, en facultades, en ciudades, carreras e incluso aulas, pero a pesar de todo nos une una gran idea en común: el futuro. Nuestra universidad no está conformada solo por sus espacios o sus aulas, mucho menos por sus planes educativos o su mobiliario: es su comunidad y el resultado de todas las identidades que convergen en ella lo que la hace posible.

Por eso, la identidad de la Universidad Veracruzana es algo que se sigue construyendo día con día. Con grandes mujeres y hombres, con personas excepcionales que nos permiten recordar de dónde venimos, dónde estamos y a dónde podemos llegar. En estos tiempos tan extraordinarios es cuando más importante resulta preservar la memoria. **LPyH**

**Marco Antonio López Aguilar** (CDMX, 1995) reside en Coatepec, Ver., desde hace 25 años. Es licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas por la UV.

## Nuevo orden El tiempo nublado

Raciel D. Martínez  
Gómez

La violencia disruptiva de *Nuevo orden* (2020), película dirigida por Michel Franco, es espejo del tiempo nublado: bestiales asimetrías entre clases sociales, caos derivado de un Estado débil y poderes fácticos en la cumbre y un exterminio cruel vinculado al llamado capitalismo gore.

Para el cine abreviar en el México bronco ha sido, si no un tabú, algo cercano, pues el confort icónico ha resuelto serias diferencias entre desposeídos y beneficiarios del *statu quo*. Los grupos que se han perpetuado en el Estado mexicano han cincelado a modo el imaginario colectivo de la nación.

No es gratuita la censura a *¡Vámonos con Pancho Villa!* (1935), de Fernando de Fuentes, en la que un héroe de la Revolución era reflejado con matices violentos. La cinta fue mutilada donde relata este perfil que deshonra la historia de bronce. Eduardo de la Vega consigna cómo el régimen del presidente Lázaro Cárdenas del Río ejerció censura contra *¡Vámonos con Pancho Villa!* y *El prisionero trece* (1933), en la que obligaron a De Fuentes a incluir una secuencia de cierre donde todo lo narrado había sido un sueño. Recordemos el retraso de exhibición de *La sombra del caudillo* (1960), de Julio Bracho, que aborda la disputa entre militares y la corrupción de los gobiernos. Fue mucho tiempo después que la adaptación de la novela de Martín Luis Guzmán se desenlató. Y ni se diga del movimiento de 1968: el relato claustrofóbico de *Rojo amanecer* (1989), de Jorge Fons, era consecuencia

estética de la dificultad para poner en conversación un suceso que caló hondo en la memoria.

*Nuevo orden* debe leerse en este discurso al que tanto trabajo le ha costado visibilizar historias de violencia (cabe resaltar que la ironía de Luis Estrada ha sido magistral para recuperar un espíritu crítico con inteligente humor: *La ley de Herodes* [1999], *Un mundo maravilloso* [2006] y *El infierno* [2010]).

A mitad del siglo pasado el gran masaje de almas fue el cine de la Época de oro, solución salomónica de las diferencias sociales. Los pleitos en el campo se zanjaban a través de canciones y poco nos enteraríamos de los cacicazgos — pensemos en excepciones como *El brazo fuerte* (1958), de Giovanni Korporaal—. Los problemas de marginación en las grandes ciudades fueron resueltos con un referi: Ismael Rodríguez, siempre director amigo del pueblo, alzaba la mano de los marginados. La saga de *Nosotros los pobres* (1948) fue significativa en esta política del desagravio.

Desde las novelas de folletín, la literatura popular hereda su esquema al cine y ha ido depurando sus premisas: los adinerados serán infelices y mezquinos; además tienen roto su núcleo familiar por ambición y envidia, mientras los hacinados tendrán fortuna y abundancia del calor sentimental. Bueno, de Charles Dickens a Frank Capra, las lecciones de los relatos de Navidad van en ese sentido: el dinero es pecado y la pobreza virtud.

La solución romántica ocultó la violencia. La televisión se encargó de disipar las asimetrías y naturalizó lo que *Roma* (2018) sutilmente expone. Alfonso Cuarón maneja a la perfección el clima acordado para edulcorar el racismo en nuestras clases medias. Este acuerdo tácito de conformidad ha

variado en el cine. Amat Escalante lo desmitifica a través de la estética shocking: *Los bastardos* (2008), *Heli* (2013) y *La región salvaje* (2016). Arturo Ripstein jamás otorga concesiones, la exhibición de la miseria humana es universal: *La calle de la amargura* (2015), ruinas en los patios de vecindad y *El evangelio de las maravillas* (1998), sinrazón del fanatismo en las sectas.

Visto así: Michel tiene chance y no es que estemos frente a un discurso del conservadurismo. Si bien *Nuevo orden* se distancia de la retórica compensatoria donde se idealiza al pueblo, la trama es equilibrada porque la parte afectada, los ricos, son expuestos con sus aterciopelados niveles de corruptela donde utilizan sus relaciones —la boda es para hacer negocios—, y así influir en favor de sus intereses.

Recordemos cómo a Luis Buñuel le pasó algo semejante que a *Nuevo orden*. *Los olvidados* (1950) causó resquemor entre posturas nacionalistas que reaccionaron contra el autor español, como el charro cantor Jorge Negrete, líder del sindicato de actores. En cambio, Octavio Paz fue su más fiel defensor; el poeta describió una discusión con el historiador Georges Sadoul en torno a si *Los olvidados* tenía un “mensaje positivo”, de acuerdo con los parámetros del realismo socialista soviético. Sadoul terminó mandando al paredón a Buñuel por haber desertado del verdadero realismo y chapotear en las aguas negras del pesimismo burgués.

En otro tenor, a *Güeros* (2014), de Alonso Ruizpalacios, le ocurrió algo parecido a Franco. Mucha gente de izquierda no aceptó la propuesta de *Güeros* por presunto descrédito del movimiento universitario. *Los olvidados* se presentó con un toque realista y Franco lo hace con una especie de distopía que no acaba de convencer por el elíptico tratamien-



Papaya de mañana

to de la violencia disruptiva: el planteo lo aceptaría así, sin referencias; la noche del caos, la sublevación popular, es tan fugaz que se disipa; y la instalación de un *Nuevo orden*, con unas fuerzas militares maquiavélicas que también concluyen en pincelada del mal. Si a De Fuentes le costó la arista de Villa, se aprecia tremendo que en el contexto mexicano una película incluya ejecuciones de militares a manera de gorilato —se ha interpretado la limpia como alusión al caso Ayotzinapa.

Sin embargo, lo de Franco no es garbanzo, porque a nivel mundial hay diversidad de filmes que han apostado por esta violencia colectiva que después se empodera en forma de maquinaria. Jordan Peele en *Huye* (2017) y *Nosotros* (2019) explota la paranoia basado en el terror. Darren Aronofsky con *Madre!* (2017) ostenta la ira colectiva en contra de un símbolo, obra alegórica y tramposa, se declara panfleto ecologista. Y ni qué decir de la saga de *La noche de la expiación* (2013), dirigida por James DeMonaco; cintas que no convencen, pero que resultan interesantes por su darwinismo fascista. Tampoco

ignoremos la provocación de *Parásitos* (2019), de Bong Joon-ho, que destapa una caja de Pandora clasista con cero licencias. Hay que agregar *The fall* (2019), de Jonathan Glazer, metáfora críptica de la intolerancia europea.

Miremos la violencia disruptiva de *Nuevo orden* sin el catalejo ideológico. Franco sabe que el tiempo está nublado. No es desertor que chapotea en el pesimismo burgués. Es inútil tajar el mar para que en una orilla quede Serguéi Eisenstein y en la otra Buñuel. Diferentes asuntos sintácticos podemos reclamarle a esta producción consumada; pero lo que se le agradece es plantar cara a eso que irrumpe en el México contemporáneo: una violencia de tabla rasa, sin clases, que simbólica y materialmente nos pone a punto del colapso. **LPyH**

**Raciel D. Martínez Gómez** es comunicólogo, doctor en Sociedades Multiculturales y Estudios Interculturales por la Universidad de Granada. Actualmente es director general de Comunicación Universitaria de la uv.